

HOMENAJE AL DR. JOSÉ TOLA PASQUEL

Señores familiares del Dr. José Tola Pasquel,

Distinto miembro de la mesa

Señoras, Señores

Amigos todos :

Es para mí un motivo de alegría y orgullo acompañarlos en estas jornadas matemáticas. Estos sentimientos se hacen todavía más intensos al comprobar que el Coloquio que se viene desarrollando ha sido dedicado a la persona y obra de quien fuera el Dr. José Tola Pasquel, eminente científico, que indeclinable en su vocación magisterial, fue el hombre íntegro encargado de regir la vida de nuestra Comunidad Universitaria a lo largo de doce años de vida institucional fecunda. Reuniones como ésta, en la que celebramos el pensamiento, mantienen con vida el sentido exacto y verdadero de una comunidad universitaria, aquel sentido que, lamentablemente, en los últimos años, otros han pretendido corromper, reduciéndolo al de un simple quehacer empresarial encargado tan sólo de vender conocimientos. La Universidad Católica, nuestra querida institución, se ha esforzado, por el contrario, en mantener vivo aquel modo originario de entender la formación humana que es parte de la auténtica tradición universitaria y cuya fuente ancestral la hallamos en la Grecia clásica. La educación en los griegos era *paideia*, la formación ciudadana,

del hombre libre que persigue la *areté*, esto es, la perfección de su pensar y de su actuar. Este vínculo entre saber y hacer se acentúa en el pensamiento de Sócrates y Platón, para quienes todo mal no es sino fruto de la ignorancia. Quien conoce la verdad no puede, por lo tanto, actuar injustamente y, por ello, acceder al saber es, necesariamente, participar de una vida buena. Fueron también los griegos los primeros en conferir a la matemática mucho más que una función práctica y entenderla como saber fundamental para la correcta comprensión del universo. Así, para el pitagórico Filolao, el número es *ley, guía y maestro de cada uno para cualquier cosa dudosa o ignota*.

Cuando evoco a los griegos de la edad clásica, no solamente me refiero a aquellos hombres que en la Antigüedad dieron forma con sus ideas a las raíces del pensamiento filosófico y científico. En nuestros tiempos, también existen quienes asumen la tradición de pensar con rigor los problemas fundamentales de la naturaleza y quienes comprenden que el saber, siendo fuente de verdad, lo es asimismo de bien.

José Tola Pasquel, nuestro recordado rector, nos dejó esa enseñanza. Para él la universidad estaba fuertemente asociada a la ciencia, no en el sentido simplista y pragmático al que ha sido reducida hoy, sino en el sentido clásico y humanístico que inspira a todo hombre que ama el bien, para

quien el saber no puede ser desligado de un compromiso ético fundamental. Así, pues, el hombre de ciencia, tal como lo concebía Tola, era el responsable de pensar con rigor para actuar con justicia. La ciencia era, entonces, un elemento esencial para el desarrollo humano y no solamente, para el bienestar material. Como antaño los griegos, también para Tola la verdad y el bien eran dos aspectos de una realidad única. Recordemos cómo solía decir que no había hombres malos, sino más bien, ignorantes. Por ello, no conforme con ser un hombre de ciencia excepcional, Tola quiso ser también un maestro. Lo fue como profesor en nuestra Universidad, así como en otros claustros en los que aún se recuerdan sus lecciones y su persistencia en ampliar el horizonte de las ciencias en el Perú; lo fue como miembro de destacadas sociedades académicas, donde brilló como investigador y promotor de las matemáticas; lo fue, asimismo, como autoridad universitaria, lugar desde el que supo liderar nuestra institución en un periodo muy difícil y crítico para el país. José Tola, en todas aquellas ocasiones, nunca perdió de vista la dimensión exacta del horizonte del quehacer académico. Lo entendía como labor superior del espíritu destinada a la formación de las mentes y de los corazones. Muy consciente de nuestra inserción en la historia, vinculó el cultivo de la ciencia con el servicio a nuestra sociedad, tan necesitada de la entrega generosa y sapiente de los jóvenes. Su adhesión a la ciencia fue pues para él un modo privilegiado de amar al país.

Mientras en el Perú se esparcía la sinrazón del terror y la violencia, José Tola se preocupaba de actualizar el conocimiento matemático en el Perú, así como de formar y perfeccionar a los jóvenes profesores. Y esta forma de actuar no era de ningún modo una manera de darle las espaldas a una nación que sufría sino, por el contrario, el mejor modo de responder a la barbarie y a la arbitrariedad con los argumentos contundentes de la reflexión científica.

Tola era una figura singular, un hombre venerable más por su sabiduría que por sus años. De espíritu refinado, amante de la música, era un hombre sensible a la belleza a la que comprendía como proporción, equilibrio y armonía. Cuantos dialogaban con él, incluyendo a sus más cercanos colaboradores, no podían dejar de sentir una extraña mixtura de cálido acercamiento humano y de acentuado respeto. Era muy difícil tutearlo, no porque no lo consintiese, sino porque era inevitable ver en él a una figura mayor de nuestro claustro, un personaje superior y señorial en quien se concentraba lo mejor y lo más íntimo de la historia de nuestra comunidad. Así fue el maestro Tola para sus colegas y amigos de la Universidad, así fue José Tola Pasquel para su familia la cual, hoy aquí presente, puede dar testimonio de cuanto él la amó honrándola de modo permanente.

Hace cuatro años José Tola Pasquel dejó de estar entre nosotros. No podemos, sin embargo, hablar de cuatro años de ausencia. Ella es una palabra inexacta, injusta, para expresar los sentimientos que compartimos todos los que tuvimos la suerte de conocerlo. Prueba evidente de ello es el espíritu que preside este Vigésimo Coloquio de la Sociedad Matemática Peruana de la que él es fundador. Esta reunión académica, que se enaltece al haberse organizado bajo el nombre de José Tola Pasquel, refleja el modo singular y privilegiado en el que la ciencia era entendida y asumida por quien fuera sabio maestro y gran señor. A él lo recordamos en estos días y así lo traemos vivo y entusiasta a nuestro presente para una vez más, como antaño, extraer de su persona el ejemplo iluminador que ha de orientarnos no sólo como universitarios comprometidos sino también como hombres íntegros y honestos que con desprendimiento, están siempre dispuestos a servir a su país.

SALOMÓN LERNER FEBRES

9/7/2002

RECTOR